

***Povera per i poveri (Pobre para los pobres)*, de Gerhard Ludwig Müller, Gustavo Gutiérrez O.P y Josef Sayer**



Povera per i poveri (Pobre para los pobres), de Gerhard Ludwig Müller, Gutiérrez O.P., Gustavo y Josef Sayer

Citta del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2014, 310 pp.

ISBN: 978-88-209-9276-7

Pobre para los pobres (o *Povera per i poveri*, su título original en italiano), es una compilación de artículos,

que a tres manos escribieron el prefecto de la *Congregación de la Doctrina de la Fe*, cardenal Gerhard Ludwig Müller; don Gustavo Gutiérrez O.P., padre de la *Teología de la liberación* y Josef Sayer, director durante muchos años de *Misereor*, una organización católica alemana de ayuda al tercer mundo. Asimismo, el libro publicado por la *Libreria Editrice Vaticana* fue prologado por el Papa Francisco, quien desde el principio de su pontificado ha manifestado su deseo de que la Iglesia efectivamente sea «pobre para los pobres», acuñando la expresión que da título al libro. Para realizar la presente reseña se apela a la versión italiana, primera en aparecer a comienzos del 2014.¹

Esta publicación sorprende en muchos aspectos, empezando por que puede definirse lacónicamente como una rehabilitación de don Gustavo Gutiérrez así como de una recta *Teología de la liberación*. Dicha propuesta aparece ahora purificada

¹ Cada cita del texto es la traducción del italiano hecha por el reseñista.

de adherencias ideológicas de corte marxista o de reductivismos de carácter sociológico que excluyen, o cuando menos olvidan, la misión trascendente de la Iglesia y su carácter sobrenatural. Con ello amenazaba transformarla en una ONG asistencial, si es que no en una fuerza política de corte partidista.

La primera y más extensa parte del texto está firmada por el cardenal Müller. Los diversos artículos que la integran pueden agruparse en dos grupos. En el primero y más sustancioso, que marca en cierta forma la tónica del libro, destacan dos rasgos: su admiración por don Gustavo Gutiérrez O.P., y su preocupación por mostrar cómo la línea de pensamiento iniciada por este autor puede enmarcarse dentro de la recta doctrina católica. En el segundo grupo, se abordan otros temas, de una perspectiva más amplia, en relación al diálogo entre fe y razón, la teología y el mundo contemporáneo.

La primera parte se centra, entonces, tanto en don Gustavo como en la *Teología de la liberación*,

con ánimo de reivindicarlos. Los siguientes apartados tienen casi el candor de un diario o, por los menos, están salpicados de recuerdos personales y experiencias vividas por el propio cardenal Müller al lado de Gutiérrez en el Perú. Para el prefecto, Perú fue su Damasco, ya que aquí «se le cayeron las escamas». Igualmente, el texto está impregnado también de referencias a la historia reciente del Perú, como la toma de la embajada japonesa por miembros del MRTA, así como a su geografía en torno a Villa El Salvador, Cuzco, Chimbote, el lago Titicaca, entre otros.

De Gutiérrez aprendió que la calle, la vida del pueblo de Dios, particularmente la vida de los que menos tienen, debe ser un *lugar teológico*, una fuente para la reflexión teológica. Para resaltar la vertiente ortodoxa de esta doctrina, toma en cuenta los documentos magisteriales que ha producido, en concreto las instrucciones de la Congregación de la Doctrina de la Fe, *Libertatis nuntius*, de 1984; *Libertatis conscientia*, de 1986,

así como una carta de San Juan Pablo II, dirigida a la Conferencia Episcopal Brasileña en 1986, mostrando cómo esta no es descalificada globalmente; únicamente corrigen sus desviaciones, augurando, en cambio, el surgimiento de una auténtica *Teología de la liberación*. En efecto, el santo afirma en esta carta que tal teología «no es solo oportuna, sino también útil y necesaria» (p. 24). De esta forma, el pensamiento de Gustavo Gutiérrez, depurado con el pasar del tiempo y asimilando las amonestaciones magisteriales, encarnaría esa auténtica teología.

De igual forma, el cardenal Müller hace una peculiar lectura de la historia sudamericana, lo cual para un latinoamericano puede resultar bastante cuestionable. En general, el lenguaje es manejado en clave de opresión histórica con el cual explica — e incluso parece justificar— hechos violentos de carácter terrorista; opresión que aún continua. Bajo dicha lógica, el terrorismo y la violencia no vendrían

a ser sino síntomas de esa injusticia. Asimismo, el autor manifiesta cómo la caída del marxismo en Europa no hizo que decayera la *Teología de la liberación*, justamente por pervivir las situaciones de injusticia que la han originado.

Es clara, dentro del texto, la intención de matizar, ayudando a que se dé realce a los aspectos positivos de la *Teología de la liberación*, señalando también los límites que no debe superar para permanecer en la ortodoxia, y seguir las observaciones hechas por el Magisterio, aclarando las críticas e incomprensiones que ha despertado. Hace un considerable esfuerzo por precisar qué es realmente dicha propuesta. Sobre ello el prefecto afirmará lo siguiente: «No se trata de ofrecer un impulsivo sí o no a la *Teología de la liberación*, sino de realizar una profunda clarificación respecto a sus aspectos positivos, como también a sus límites y a sus peligros» (p. 78, cursivas en el original).

Explica, por ejemplo, que esta *Teología* «[...] no se basa en una

nueva revelación. Quiere en cambio ser un nuevo modo de presentar la cooperación de los cristianos a la praxis transformadora del mundo por parte de Dios» (p. 66). Se da a entender, entonces, como una voz profética que denuncia la estructura del pecado en el mundo. Lo que Dios dice al hombre contemporáneo y herido de egoísmo, lo hace con un doble movimiento. Por un lado, libera de las estructuras de opresión —acabando con la pobreza— y libera del egoísmo el corazón de aquellos que la producen. Por otro lado, acaba con la pobreza material mientras fomenta la virtud de la pobreza. Sobre ello, se da la siguiente afirmación: «La opción por los pobres no excluye a los ricos. Porque también ellos son destinatarios de la acción liberadora de Dios, liberados de la angustia por la que deben realizar su propia vida aprovechándose de la de los otros» (p. 72).

¿Cuáles eran los peligros que entrañaba la *Teología de la liberación*? Entre otros, se menciona el siguiente:

«la tendencia a politizar la teología y a reducir a la Iglesia a una serie de actividades intra-mundanas» (p. 78), e incluso, fomentar la lucha de clases. Sin embargo, en su defensa aclara que «no predica la lucha de clases, sino supera el antagonismo realmente existente entre las clases, grupos de poder y el racismo» (p. 69).

¿Y cuáles serían sus ventajas?

En definitiva, tomar en serio el dogma de la Encarnación, o como diría M. D. Chenu «la ley de la Encarnación», el hecho de que la redención se experimenta también dentro de la historia (Cf. Müller, Gutiérrez, Sayer 2014). Sostiene, además que «La *Teología de la liberación* supera todo dualismo que busca relegar a Dios en un más allá y reducir la salvación a una simple dimensión interior» (p. 70). Por el contrario, la «fe cristiana significa participar inteligentemente y activamente en el proceso de transformación de la historia que Dios, en la actividad salvífica de Jesucristo ha definitivamente inaugurado como camino hacia Él»

(p. 70). En este sentido, son estrechas las relaciones entre esta corriente teológica y la Doctrina Social de la Iglesia, más aún, en cierto modo se complementan. Dicha afirmación podría sostenerse debido a que «De frente a condiciones de vida que lesionan la dignidad humana, ¿cómo puede ser eficaz, en la vida de las personas y las comunidades, el mensaje del amor de Dios, la fuerza transformante del evangelio?» (p. 78).

Cuando Gutiérrez se formaba estaba muy vivo el debate en torno a lo natural y lo sobrenatural. De alguna forma su pensamiento viene a responder a esa dicotomía, intentando expresar así la íntima correlación entre creación y redención, orden natural y sobrenatural. En palabras del propio Gutiérrez «la teología... intenta comprenderse a sí misma como un momento del proceso de la transformación del mundo... ella se abre al don del Reino de Dios a través del amor que libera y construyendo una sociedad fraterna y renovada» (pp.

66-67).² De esta forma, redención y liberación vienen a identificarse en su pensamiento y ser expresión de la relación del hombre con Dios.

En el segundo cuerpo de artículos, Müller se desplaza del tema central del libro a considerar otras cuestiones más actuales y amplias bajo la guía del Magisterio de Benedicto XVI. En efecto, aborda el tema de la relación entre fe y razón en el mundo contemporáneo así como el aporte y la tensión que experimenta el teólogo en ese contexto. Aunque esta temática no es abordada en amplitud, constituye un aporte importante del libro.

Comienza con un canto a la fe, expresión de la capacidad de verdad que anida en el hombre. Solo algo grande como ella, una gran positividad, puede elevar nuestra mirada. La fe ofrece una síntesis armoniosa, síntesis de belleza, amor y verdad, sobre todo a partir de los misterios de la Encarnación y la Resurrección. Busca redescubrir la

² La cita es de GUTIÉRREZ, G. *Teologia della liberazione. Prospettive*. 5.^a ed. Brescia: Queriniana, 2012, p. 70.

capacidad de grandeza que late en el hombre, frente a los obstáculos de índole gnoseológica que le ha presentado el pensamiento moderno.³

En el segundo artículo de esta sección, Müller ofrece un interesante y actualísimo diálogo entre la fe y pensamiento ateo contemporáneo. Estudia las causas del neo-atéismo en autores como Dawkins o Hitchens, mostrando cómo todos los argumentos ateos pueden reconducirse a los planteamientos de David Hume. Después, pasa a desarrollar un esbozo de antropología teológica que permita superar los puntos ciegos a los que nos ha conducido la modernidad; es decir, garantizar la libertad del individuo frente a la colectividad, «la conciencia del individuo respecto a la ley meramente positiva, y la dignidad inalienable de todo ser humano respecto a instrumentalizaciones de intereses de grupo» (p. 134). Para ello

se precisa —y al parecer aquí radica la más valiosa aportación de su trabajo en esta sección— «una metafísica de lo real y una antropología de la trascendencia» (p. 134). Se trata de ofrecer una metafísica de la creación que sirva de marco a una antropología completa.

La tarea de la teología y del teólogo es descrita en la actualidad como «una misión hoy más que nunca profética y *martirial* en el sentido literal de *martyria*» (p. 169). En efecto, Müller muestra cómo la fe y el testimonio del teólogo chocan con importantes grupos de presión en la vida actual y con un pensamiento fuertemente individualista y relativista. Müller concluye esta sección, y con ella su aporte, invitando, junto a Benedicto XVI, a «alargar los horizontes de la racionalidad de nuestros contemporáneos» mediante una «razón iluminada por la fe» (p. 174). En este sentido se coloca bajo la guía del Papa Emérito, incorporando la «sugerencia» del Papa Francisco de «hacerse cargo de aquellos a

³ En la nota 22 del artículo de Müller, existe una pequeña errata, ya que sitúa la carta apostólica *Porta Fidei* de Benedicto XVI en el año 2001 (cuando todavía no era Papa), en vez de 2011.

quienes se comunica [...] amando a los destinatarios de nuestro mensaje» (p. 174). Esa es la labor y, por decirlo así, el drama de la vida del teólogo contemporáneo.

En la segunda parte, Gustavo Gutiérrez O.P. resalta la actualidad de su postura teológica enmarcada en la opción preferencial por los pobres. Muestra cómo esta ha sido deseada por San Juan XXIII al convocar el Concilio Vaticano II, aunque sin ser recogida como tal en los textos conciliares. Después, elabora una línea doctrinal histórica a partir de las conferencias del Episcopado Latinoamericano, en las cuales sí se ha recogido esta preocupación del Papa Bueno, particularmente en Medellín (1968) y en Aparecida (2011).⁴ Pone especial énfasis en el método inaugurado por San Juan XXIII, recogido en la *Gaudium et spes*, así como en las conferencias mencionadas

⁴ Cabe agregar que, en este último documento, el Cardenal Bergoglio desempeñó un papel fundamental, al ser nombrado presidente de la comisión que redactó las conclusiones de la conferencia.

en cuanto a ver, juzgar y actuar. Glosa extensamente el documento de Aparecida, con la intención de mostrar la forma en la que esta coincide con las líneas maestras de su pensamiento y preocupación primordial por los pobres. Para decirlo coloquialmente, busca mostrar cómo no solo es ortodoxo, sino que incluso «está de moda».

Gutiérrez es muy cuidadoso a la hora de expresar su postura teológica. Matiza bien. Explica cómo la opción preferencial por los pobres no es ni exclusiva ni excluyente. Asume las críticas y sospechas que la *Teología de la liberación* despertó en su momento por ser considerada una visión excesivamente sociológica de la Iglesia, extraña a su dimensión sobrenatural. El dominico afirma que la misión principal de la Iglesia es de carácter sobrenatural en cuanto a la salvación pero que, para conseguirla, es preciso preocuparse por los pobres, preferidos de Dios, pues ello supone ser fiel a la Escritura, y porque no

se puede hablar del amor de Dios a alguien que carece de alimento.

La tercera parte, a cargo de Joseph Sayer, es en realidad la más débil, pues adquiere tonos de panegírico, hasta el punto de resultar empalagosa. Ensalza los frutos de la fecundísima amistad entre Müller y Gutiérrez, contando la historia de ese lazo y las vicisitudes que tuvo que afrontar. Aquello puede servir para entender la génesis del libro y la sorprendente amistad del actual Prefecto de la Congregación de la Doctrina de la Fe con alguien que bajo, la administración anterior a Müller, parecía estar bajo sospecha.

Del libro en su conjunto cabe resaltar su repetitivo y monótono énfasis en la preocupación por los pobres, la cual no solo es legítima y buena, sino santa. Quizá el problema no está en lo que dice, sino en lo que calla, pues habla mucho de los pobres y de lo que por ellos debemos hacer, pero escasamente de la gracia, los sacramentos, la liturgia, la oración y lo que Dios hace. Siendo legítima

su preocupación, no es lo único que podría desarrollar. Leyendo la contribución de Gutiérrez pareciera que el documento de Aparecida (2011) no hablara de otra cosa. Si uno leyera dicho texto, efectivamente se habla de los pobres, aunque también de otros muchos temas, sin olvidar la oración y los sacramentos.

Asimismo, se echan en falta las referencias al último e importante texto magisterial dedicado a la Doctrina Social de la Iglesia, la Carta Encíclica *Caritas in Veritate* de Benedicto XVI, el cual, además de aportar significativas novedades en lo que a la Doctrina Social de la Iglesia se refiere, ofreciendo una certera y aguda crítica al sistema financiero mundial, tiene también el valor de contextualizar esa crítica dentro del conjunto de la vida y la actividad de la Iglesia; es decir, no se polariza solo en un aspecto, como sí parece hacer la presente obra. Podría objetarse que, al momento de redactarse los artículos originales integrantes de este libro, la mencionada encíclica aún

no se había publicado. Sin embargo, mientras la encíclica es del año 2009, 5 de las 7 artículos que integran el texto son posteriores (mayormente del 2013 y 2014), con lo cual, ya estaba en circulación este importante documento magisterial, que trata expresamente los mismos temas, pero quizá desde otra óptica, la cual, al juicio del autor de estas líneas, es mucho más amplia y matizada a la vez.

De igual manera, otro punto a tratar estaría en relación a sus frutos. Sobre ello, es evidente la ausencia de una labor de crítica entre los partidarios de la *Teología de la liberación*. En efecto, leyendo la parte final de Sayer, pareciera que solo ha producido bonanza. Precisamente la «Iglesia del Sur Andino», que tanto encomia, sufre de una dolorosísima falta de sacerdotes. Fueron muy pocas las ordenaciones sacerdotales durante el periodo en el que la *Teología de la liberación* dominó en esa zona, y solamente ahora, teniendo el timón de las diócesis quienes Sayer critica, están

volviendo a surgir estas vocaciones. Esto por citar solo un ejemplo. La siguiente cuestión abordada muy tangencialmente por el cardenal Müller, es la estrecha vinculación que existió entre la *Teología de la liberación* y los movimientos guerrilleros en América Latina. Nada más menciona que un informe de Estados Unidos, durante la administración Reagan, consideró esto. Sin embargo, no hace un hondo examen para ver si no ha sido en efecto así, o si por lo menos, como parece desprenderse de sus líneas, ha justificado este recurso a la violencia.

Cabría, en fin, sospechar también de una cierta forma de clericalismo, pues aunque la Iglesia debe preocuparse por los pobres, no es ella misma como institución —por lo menos directamente—, quien debe resolver los acuciantes problemas sociales. Quizá, más que los párrocos, deben hacerlo los laicos, preocupándose de vivir de modo coherente con su fe, impregnando, de esta forma, a la entera sociedad,

empapándola de valores cristianos. No hacerlo así puede llevar a convertir la Iglesia en una ONG asistencial. Müller y Gutiérrez son conscientes de este peligro, el cual intentan conjurar, pero no se sabe muy bien cómo, pudiéndose repetir siguiente la anécdota que el por aquel entonces cardenal Ratzinger recordara en su libro *Teoría de los Principios Teológicos*: unos representantes de un pueblo sudamericano fueron a ver a su obispo para agradecerle todo lo que la Iglesia hacía en el campo social en su pueblo, y para decirle también que todo el pueblo se había hecho protestante, pues también necesitaban tener una religión.⁵ La gente no solamente tiene hambre de pan, sino también tiene hambre de Dios, ya que, como reza el evangelio: «No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mt 4, 4). Quizá ahora, precisamente entre los pobres latinoamericanos, la Iglesia

está perdiendo frente a las sectas, parte de ese pueblo de Dios.

P. Mario Arroyo Martínez Fabre
Doctor en Filosofía por la
Universidad de la Santa Cruz
p.marioa@gmail.com

⁵ Cf. RATZINGER, Joseph. *Teoría de los principios teológicos*. Barcelona: Herder, 1985, p. 157.